

EL HOMBRE INVISIBLE ES AMIGO DE MI ABUELO

Me gusta el verano. No hay clases, hace buen tiempo y me paso todo el día con mi abuelo. Se llama Lorenzo, es calvo y lleva siempre un bastón enganchado al brazo, aunque nunca lo utiliza. Para mi padre es un cascarrabias, para mi madre es testarudo y para mi abuela algo cabezota, pero para mí es sensacional. A diferencia de ellos, siempre tiene tiempo para estar conmigo y, aunque no es mucho de jugar, siempre me está enseñando cosas importantes de la vida: a hacer botar las piedras en el agua, a silbar tan fuerte que se oiga a tres manzanas o a fabricar instrumentos musicales con la cáscara de una nuez. Y es que mi abuelo sabe de todo. Y si no sabe algo, siempre está Cele para echarle una mano.

Su nombre completo es Celedonio, tiene el pelo completamente blanco y es el mejor amigo de mi abuelo. Se conocen desde mucho antes de que yo naciera, incluso antes de que mi abuela conociese a mi abuelo, por eso creo que a ella no le gusta demasiado. Siempre me dice que no le haga mucho caso, que Cele tiene la cabeza llena de pájaros y que mi abuelo se deja embaucar por él. Que de todo lo que me digan yo les crea la mitad. Por eso, al principio, no tenía claro si me estaban tomando el pelo o si de verdad eran amigos del hombre invisible.

La primera vez que me hablaron de él fue en el parque. Es un parque con máquinas de gimnasio al que mi abuelo y Cele van todas las mañanas, haga frío o calor, desde las nueve en punto hasta las nueve y cincuenta y nueve; porque “hacer más de una hora de deporte al día es malo para la salud”. Mi abuelo lleva un cronómetro y, a intervalos de ocho minutos, van ejercitándose en las distintas máquinas. No llevan ropa de deporte porque no les hace falta; mi abuelo se engancha el bastón en el cuello de la chaqueta por detrás y Cele se pone una cinta para impedir que el pelo le caiga sobre la frente. Cuando pasan los ocho minutos y pita el cronómetro, ellos gritan “cambio” y, con decisión, pasan a la siguiente máquina.

Parecía divertido y yo también me quise sumar, así que me subí a una especie de bicicleta estática. Aunque apenas llegaba a los pedales me sentía uno más. Ellos no me trataban como a un niño y yo quería impresionarles. Me puse a pedalear con toda mi alma y cuando sonó el cronómetro me bajé de la bicicleta al grito de “cambio”. Nos lo estábamos pasando genial, o eso creía yo, porque cuando me fui a subir a la siguiente máquina mi abuelo y Cele me gritaron: “¡Alto! ¿A dónde vas? ¿No ves que esa máquina la está usando Gus?”.

Jamás les había visto tan serios, no sabía qué estaba pasando. “¿Quién es Gus?”, les pregunté. Ambos se miraron durante unos segundos, sin saber qué responder, hasta que Cele dijo: “Gus es nuestro amigo, nuestro amigo invisible”. ¿Invisible?, ya me había dicho mi abuela que no le creyera así que miré a mi abuelo esperando confirmación. “Sí, Gustavo Sotomayor”, me confirmó, “desde críos hemos sido uña y carne los tres”. Recordaba que mi abuelo se dejaba embaucar por Cele, pero no parecía que me estuvieran tomando el pelo. “Usa esa otra máquina”, me dijo mi abuelo, “que está libre”. Y sin decir nada más, continuamos el entrenamiento.

Cada vez que sonaba el cronómetro les miraba para saber qué máquina era la que iba a usar Gus. Al parecer, siempre seguía el mismo orden y hacía una parada entre las nueve y treinta y dos y las nueve y cuarenta para sentarse en un banco y descansar, a la que Cele no tardaba en sumarse. Ahí podía elegir la máquina que yo quisiese. El rato de ejercicio fue divertido y, aunque de vez en cuando le lanzaban gritos de ánimo a Gus o hacían chistes con él, yo no me atreví a decirle nada. Por un lado, porque no tenía muy claro que de verdad existiera y, por otro, porque él jamás les contestaba, así que tampoco sabía cómo era ni qué le podía decir.

Camino de “la merecida recompensa”, que es como llamaban al aperitivo con el que continuaban su ritual mañanero, les pregunté cómo era Gus, qué le gustaba hacer y de qué equipo de fútbol era. Me dijeron que era un poco mayor que ellos y del Athletic, y que por eso casi siempre llevaba la camiseta del equipo a los entrenamientos del parque. Y que el resto de cosas sobre él ya las iría descubriendo a lo largo del verano, que aún quedaban días.

Nos sentamos en una mesa de la terraza y Lola, la dueña del bar, salió enseguida a atendernos: “¿Lo de siempre?”. “Tres cortos, uno con mucho gas, y lo que quiera el chaval”, dijo mi abuelo sin pensarlo. “Supongo que el tercero con mucho gas será para Gus”, respondió Lola sonriendo. Mi abuelo le devolvió la sonrisa, algo sonrojado, y Cele me dijo: “Mira chaval, ya has descubierto dos cosas más sobre Gus”. “¿Dos?”, le pregunté. “Sí, que le gusta el vino con mucha gaseosa y que aquí todos le quieren un montón”. Lola y mi abuelo asintieron, dándole la razón. Y, a partir de ese momento, no volví a dudar de la existencia de Gus.

Durante los dos meses que duró el verano repetimos exactamente el mismo ritual. Las mismas máquinas, los mismos descansos y el mismo bar. A través de lo que mi abuelo y Cele hablaban con Gus yo le fui conociendo; sabía que se tomaba bien las bromas pesadas de Cele siempre y cuando éste no se metiera con su estatura, que tenía un hijo trabajando en Alemania y que, según decía Cele, solían llamar “Cabezagato” a mi abuelo para meterse con él, aunque éste siempre lo negaba. Fue un verano estupendo, pero pronto se acabó y tuve que volver a mi vida normal.

Dos semanas antes del siguiente verano mi abuelo llamó a casa. Fui corriendo hacia el teléfono, seguro que quería hablar conmigo y ver qué día iba para allí. La verdad es que estaba ansioso por volver a estar con él, con Cele, con Lola y, por supuesto, con Gus, nuestro amigo invisible. Sin embargo, la que cogió el teléfono fue mi madre. Enseguida me di cuenta de que mi abuelo no llamaba por un buen motivo. Tras colgar el teléfono, mi madre me miró seria: “El amigo de tu abuelo, Celedonio, ha fallecido”, me dijo, “lo siento mucho, hijo”.

Adelantamos la visita a mi abuelo una semana, quería estar con él y darle mi apoyo, aunque no sabía muy bien qué hacer ni qué decir y, ni mucho menos, me atrevía a pronunciar el nombre de Cele, creía que recordarle o hablar de él le pondría más triste. Sin embargo, mi abuelo no parecía triste. A simple vista estaba bien y hasta me sonrió un par de veces. Me sorprendí de lo bien que llevaba la muerte de Cele hasta que, antes de irme a la cama me dijo: “Mañana a las ocho arriba, que hemos quedado en el parque”. “¿Con quién?”, le pregunté confundido. “Con Cele y con Gus, ¿con quién va a ser?”. Ahí me di cuenta de que mi abuelo estaba empezando a perder la cabeza.

A las nueve en punto llegamos al parque, como siempre. Como siempre también mi abuelo encendió el cronómetro y se subió a una máquina. Como todos los días del verano pasado yo empecé por la que parecía una bicicleta. Los ocho minutos que duró el ejercicio se me hicieron eternos. Mi abuelo y yo no cruzamos palabra. Nuestro silencio hacía aún más evidente que faltaban los chistes y la alegría de Cele. Por fin sonó el cronómetro y, al grito de “cambio”, fuimos cada uno a otra máquina. Con todo el lío que tenía yo en la cabeza fui a cualquier máquina, sin pensar cuál me tocaba, fue entonces cuando mi abuelo me gritó: “¡Despierta! ¿No ves que en esa máquina está ahora Cele?”. ¿Cele? Ya no había duda, mi abuelo había perdido la cabeza definitivamente.

Le pedí perdón y me puse en otra máquina. Empecé a hacer el ejercicio: arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo... y fue entonces cuando lo entendí. Cuando comprendí que siempre que le recordáramos Cele seguiría existiendo, aunque fuera invisible. Y que si me hice amigo de Gus cuando ya era invisible, sería mucho más fácil seguir siendo amigo de Cele al que conocía bien. Miré a mi abuelo, estaba un poco más mayor que el año pasado, con el poco pelo que le quedaba largo y algo levantado, parecían dos pequeñas orejas y, entonces, me eché a reír. Mucho.

Mi abuelo me miró, preocupado: “¿De qué te ríes?”. “No te lo puedo decir”, le dije. “¿De qué te ríes?”, me volvió a preguntar, serio. “De nada, de nada”, le respondí conteniendo la risa. “¿Que de qué te ríes?”, me preguntó cabreado. Ahí no pude más y estallé a reír de nuevo: “¡Ya sé por qué Gus y Cele te llaman Cabezagato!”. Me giré hacia la máquina en la que estaba Cele y le dije: “¿Cómo no me lo dijiste antes?”. En ese momento sonó el cronómetro y, al grito de “cambio”, los cuatro nos fuimos a la máquina que nos tocaba a continuar con nuestro ejercicio.